
Los conceptos de espacio, escala y paisaje en geografía humana

PID_00264011

Juan Manuel Solís Solís

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas



Juan Manuel Solís Solís

El encargo y la creación de este recurso de aprendizaje UOC han sido coordinados por el profesor: Jordi Martí Henneberg (UdL) (2019)

Primera edición: septiembre 2019
© Juan Manuel Solís Solís
Todos los derechos reservados
© de esta edición, FUOC, 2019
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Realización editorial: FUOC

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

Objetivos.....	5
1. La producción social del espacio.....	7
2. ¿Qué se entiende por espacio geográfico hoy en día?.....	9
3. El espacio social.....	15
4. Espacio, lugar y región. El pensamiento escalar.....	23
5. ¿Qué es el paisaje?.....	31
6. Paisaje y planeamiento territorial.....	38
7. Conclusiones.....	40
Bibliografía.....	43

Objetivos

1. Fomentar el buen uso de los conceptos *espacio* y *paisaje*.
2. Comprender la relación entre las diferentes escalas.
3. Saber interpretar los diferentes conceptos derivados de cada uno de los términos anteriores.
4. Explicar qué ha aportado el pensamiento geográfico a las diferentes ciencias sociales.

1. La producción social del espacio

En geografía está consolidada la idea de que **el espacio es un producto** creado por la actividad humana, es decir, que es **social**. Ortega Valcárcel lo definió bien:

«El espacio como producto social es un objeto complejo y polifacético: es lo que materialmente la sociedad crea y recrea, con una entidad física definida; es una representación social y es un proyecto, en el que operan individuos, grupos sociales, instituciones, relaciones sociales, con sus propias representaciones y proyectos. El espacio se nos ofrece, además, a través de un discurso socialmente construido, que mediatiza al tiempo que vehicula nuestra representación y nuestras prácticas sociales. Es un producto social porque solo existe a través de la existencia y reproducción de la sociedad. Este espacio tiene una doble dimensión: es a la vez material y representación mental; objeto físico y objeto mental. Es lo que se denomina espacio geográfico» (Ortega, 2004, págs. 33-34).

El espacio geográfico es aquel con el que trabajan y el que estudian los geógrafos. Hay otras concepciones de espacio, de las que no nos podemos ocupar, que son utilizadas a menudo en otras disciplinas, como la arquitectura, la física, las matemáticas e incluso también en algunas más afines a las ciencias sociales, como la antropología.

No obstante, el pensamiento geográfico ha sido muy influyente en referencia al uso del concepto de *espacio* en las ciencias sociales y humanas. A diferencia de las demás disciplinas, el geógrafo tiene el espacio como epicentro de sus investigaciones y de su trabajo aplicado. Por tanto, aquí radica la razón de ser de la geografía.

Analizar cómo, cuándo y por qué los seres humanos utilizan socialmente el espacio y de qué manera lo hacen.

Esto explica, en parte, la versatilidad y la transversalidad de los estudios de nuestra disciplina.

La geografía ha transitado por numerosas fases, pero sintetizando, ha pasado de ser descriptiva, idiográfica y enumerativa a ser **explicativa, comprensiva, crítica e incluso reivindicativa**. Pero **también es aplicada**, poniendo énfasis

Bibliografía recomendada

El antropólogo Marc Augé dedica un capítulo de su famoso libro *Los no lugares* al «lugar antropológico» (Augé, 1995).

no solo en el análisis sino también en la búsqueda de soluciones para diversos problemas sociales, económicos o políticos que tienen el espacio como un factor clave.

Así, es necesario para los geógrafos conocer cómo ha evolucionado el término *espacio* y cómo se trata en la actualidad. Derivado de este, surgen otros conceptos que también son usados habitualmente en geografía: *territorio*, *lugar*, *región* y *paisaje*.

En este módulo, queremos poner de relieve qué se entiende por espacio geográfico hoy en día y **qué diferencias hay entre sus conceptos derivados como lugar, territorio o región**. Para este propósito, el texto queda estructurado en varias partes.

En primer lugar, abordaremos la cuestión de **qué es el espacio geográfico**: cómo se llega hasta su concepción actual y cómo se subdivide. En segundo lugar, nos adentraremos en la noción más generalizada del espacio geográfico: **el espacio social**. Posteriormente, se plantea un debate que distingue términos comunes a la geografía: **escala, lugar y región**. Para finalizar, nos centraremos en la idea de **paisaje** en nuestra disciplina que, aunque también deriva de la concepción de espacio, por su importancia tanto a lo largo de la historia de la materia como en la actualidad, merece un trato particular. Aquí se señala la importancia de la relación ser humano y medio, en el que este último es natural, principalmente, pero también construido como, por ejemplo, el medio urbano o las infraestructuras.

Para acabar esta introducción, queremos señalar que **hay otras estructuras de conocimiento en geografía como la cartografía y, en la actualidad, los sistemas de información geográfica y la teledetección**. No lo trataremos en este módulo, pero al respecto, hay que decir que la cartografía «trata de localizar, identificar y delimitar fenómenos y, por consiguiente, de situar acontecimientos procesos y objetos dentro de un marco espacial coherente». Estas herramientas «imponen orden espacial a los fenómenos. Es pues un pilar básico para el conocimiento geográfico» (Harvey, 2007, pág. 237).

Pregunta de reflexión

Podemos ir pensando, a lo largo de esta lectura, qué términos relacionados con el espacio usamos diariamente y cómo lo hacemos. Podemos reflexionar también cómo actualmente mezclamos términos espaciales con cuestiones temporales y viceversa. Por ejemplo, algunas veces decimos que hay una «distancia» de 3 horas entre Barcelona y Valencia, y no de 350 kilómetros.

2. ¿Qué se entiende por espacio geográfico hoy en día?

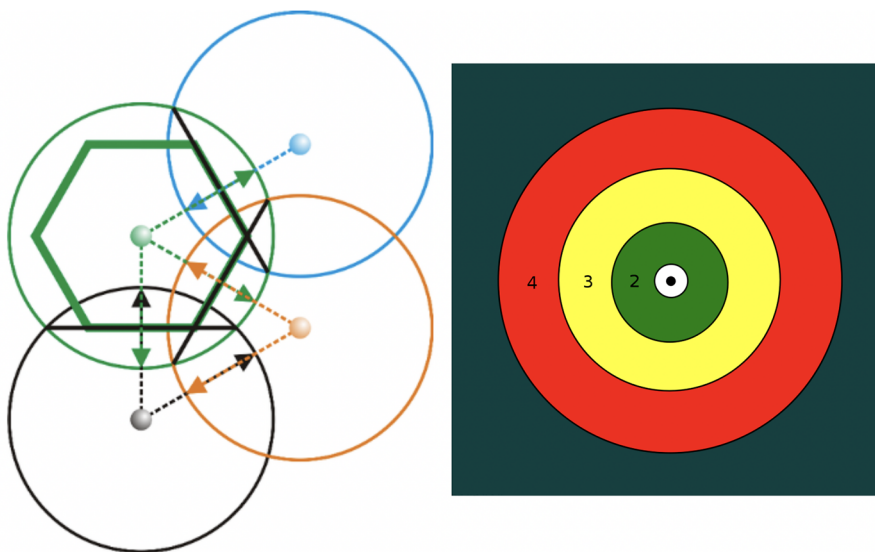
La evolución del término *espacio* coincide en buena parte con la de la propia disciplina geográfica. Sus concepciones históricas pueden dividirse en tres básicas: el espacio concreto, el espacio abstracto, y los espacios subjetivo y social.

El espacio concreto tiene que ver con la singularidad y particularidad, y con la importancia de la elección humana por encima de las limitaciones naturales que imponía el medio (Pillet, 2008, pág. 57). Esto fue propio de la geografía regional de principios del siglo XX, que surgía del determinismo geográfico promulgado por Ratzel. Por tanto, el concepto sería interpretado como un repertorio simétrico entre hechos físicos y obras humanas. Este tipo de situación daba lugar a un paradigma de excepcionalidad en geografía, que impedía realizar o establecer leyes generales propias. De aquí surgió una contracorriente, la teórico-cuantitativa, que desechaba la idea de excepcionalidad.

El espacio abstracto, de origen conceptual kantiano, no tenía en cuenta diferentes ideas de espacio como había sucedido anteriormente, sino que se entendía como fruto de los **análisis estadístico-matemáticos**. Así pues, lugar y territorio, nociones muy relacionadas con el arraigo, la imaginación y la subjetividad no son conceptos muy significativos en la geografía teórica-cuantitativa. Por ejemplo, la noción de región es reducida al resultado de un proceso de clasificación de unidades espaciales según técnicas estadísticas –ya veremos que esto, en la actualidad, no es así. Esto daba lugar a la modelización y geometrización del espacio donde solo caben conceptos como *espacio relativo*. Hay una diferencia significativa entre espacio abstracto y relativo:

- **El espacio abstracto** tiene una propiedad importante: el **principio de individualización**. Este principio trata de la imposibilidad de ocupación del mismo espacio; no hay dos personas que puedan ocupar exactamente la misma ubicación.
- **El espacio relativo** no tendría esta propiedad. Bajo este concepto de espacio se rompe el principio de individualización, porque muchos **individuos pueden ocupar la misma posición en relación con algún otro punto** –por ejemplo, más de un productor puede estar exactamente a diez kilómetros del mercado. Además, las distancias medidas en coste o en tiempo no son iguales, y ambas se diferencian de las distancias físicas. Por tanto, el espacio relativo sería entendido como una relación entre objetos, tomando a uno de ellos como referencia. Es decir, se tratan cuestiones únicamente físicas. Los análisis locacionales serán muy importantes en este sentido.

Figura 1. Modelización en geografía



Fuente: Wikimedia Commons.

Modelizaciones

A la izquierda, un esquema (corema) posible de la teoría de los lugares centrales de Christaller. A la derecha, un esquema básico de la teoría de von Thünen.

Este último modelo se agotó con bastante rapidez y aparecieron otros en su lugar. Primeramente, el que se proponía desde la fenomenología y que abordaba cuestiones psicológicas o de imagen. Más tarde, las conceptualizadas desde el marxismo que, resumiendo, las enmarcaba en una cuestión social. Por tanto, la organización espacial –y el espacio en sí mismo– se ve como un producto de los procesos sociales.

Desde aquí, se abandonará la geografía como una ciencia descriptiva –como en el caso de la geografía regional–, y también la formalización de su morfología como lo hacía el análisis locacional y la modelización. No obstante, desde esta nueva concepción se retomarán –principalmente desde Francia– los estudios de la geografía regional, que había iniciado Vidal de la Blanche, con un interés creciente en la cuestión social. La revista *Herodote* es, probablemente, el mejor ejemplo de la unión de ambas dinámicas.

También a partir de la conceptualización de un **espacio subjetivo**, la geografía humanista defenderá la existencia de **distintos espacios: el personal, el grupal, el vivido por el otro o el espacio mítico conceptual**. Estos espacios son puestos en relación con el simbolismo y los sentimientos como constructores de espacialidades (Tuan, 1979, pág. 404). El autor chino-americano Yi-Fu Tuan ha sido su máximo exponente desde la década de 1970.

Probablemente, haya sido la **perspectiva marxista** la que más se extendió. En ella se distinguen tres dimensiones del espacio que, fundamentalmente, fueron conceptualizadas por el filósofo Henri Lefebvre:

- Las «**prácticas espaciales**», es decir, cómo se percibe y se forma el espacio de la vida cotidiana.

- Las «**representaciones del espacio**» que se identifican fundamentalmente con los **conocimientos** técnicos e institucionales y, por tanto, siempre ligados al poder dominante, el cual intenta moldear el espacio para satisfacer sus fines.
- Los «**espacios de representación**», que tienen que ver con lo vivido, y con los significados creados y modificados históricamente por las personas que los habitan. Son **espacios de resistencia** que se oponen a las «representaciones del espacio».

Lefebvre desarticula la perspectiva del espacio vacío y neutral, receptáculo de fenómenos; es decir, rechaza el espacio abstracto, pasivo. Pero aún más importante, critica la visión estructuralista –representada, principalmente, por Manuel Castells (1971)– de un espacio material como resultado de los procesos de producción sin contar con las prácticas que lo generaron y, por tanto, sin considerar los espacios particulares y sus diferencias. Lefebvre descarta el espacio como un resultado de la estructura económica.

Por el contrario, Lefebvre (2013 [1973]) propone que **el espacio no es un contenedor** ni un resultado de una práctica, sino que es un mediador entre ambos, es decir, **conjuga práctica y producción**. Así, el espacio sería el instrumento más importante, insoslayable de toda actividad social, lo que lo llevaría a ser la principal herramienta política.

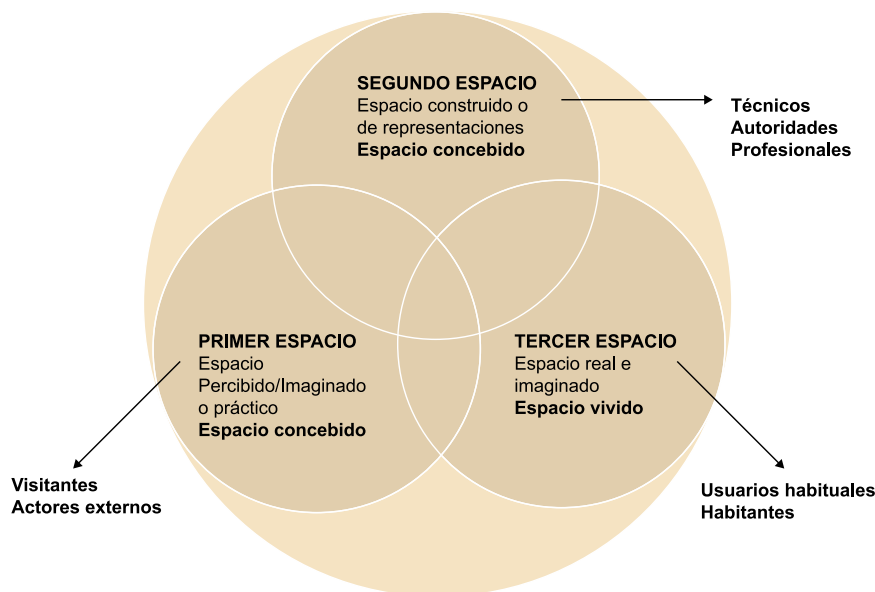
Desde aquí, se produciría el denominado «giro espacial», en el que el espacio ha pasado a ocupar una preocupación central en las ciencias sociales. Después de Henri Lefebvre, tendrán un papel importante los geógrafos marxistas David Harvey, Doreen Massey y Edward Soja, pero también el sociólogo Anthony Giddens. Así, se activó una preocupación por toda la cuestión espacial y su aplicación a los estudios, no solo en geografía sino también en otras disciplinas como la historia, la sociología, la economía, la antropología o las ciencias de la comunicación.

Por ejemplo Soja, influenciado por Lefebvre, realizará su propio giro espacial dejando atrás la modelización del espacio y retomando un interés por las ciudades. Para este autor, el espacio y la geografía estarían en el centro de todas las ciencias sociales. **Soja** creará la teoría del tercer espacio basada en la «triada espacial» de Lefebvre, y que fue reelaborada como una «**trialección espacial**» que incluía un «tercer espacio», o espacios, que son al mismo tiempo reales e imaginados. Así, serían **tres los espacios: el primero, el percibido o práctico; el segundo, el concebido o de las representaciones; y el tercero, el vivido, un lugar a la vez real e imaginario**, actual y virtual, lugar de experiencia y de práctica.

Nota

No entraremos en materia, pero cabe destacar que, para Anthony Giddens, sociólogo, el espacio funciona como categoría dentro de su **teoría de la estructuración**. Giddens creó los conceptos de *sede* y *región* para entender cómo la acción social se articula de acuerdo con diferentes escalas.

Figura 2. Esquema sintético del pensamiento de Edward Soja sobre el espacio en el que cabe destacar su «tercer espacio»

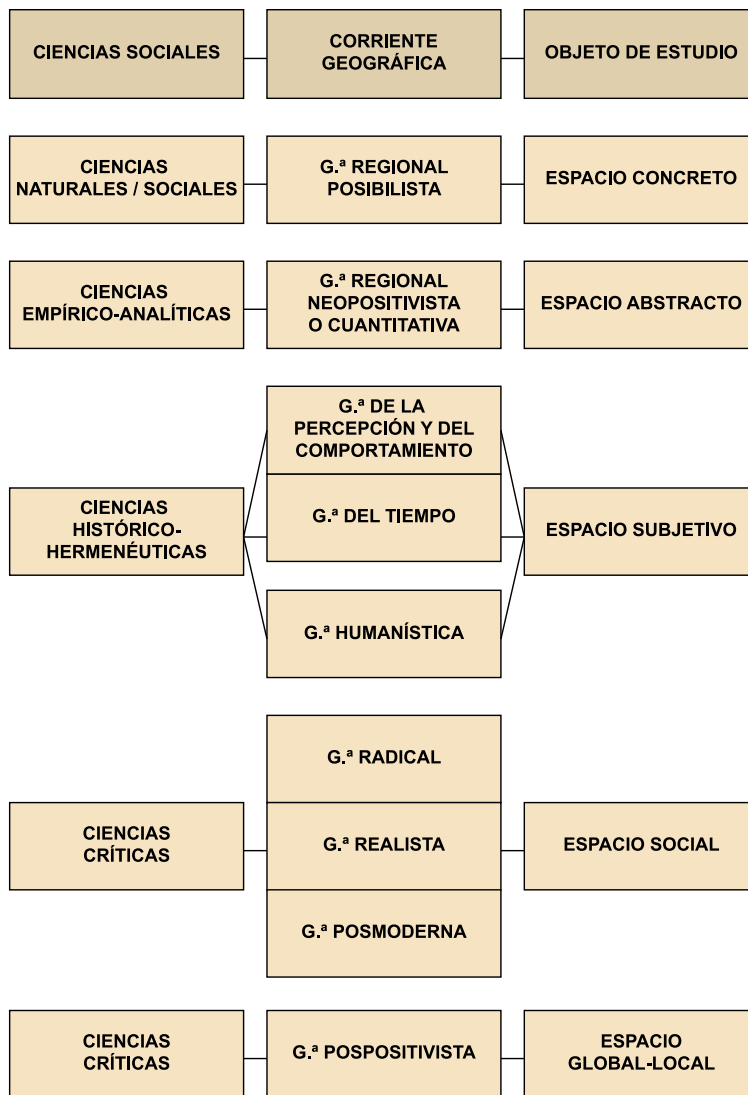


Fuente: elaboración propia.

A partir de aquí, el espacio geográfico como marco teórico tendrá dos tendencias: las corrientes centradas en la relación del espacio con el sujeto, las subjetivistas; y el otro, las corrientes materialistas más centradas en el papel de las estructuras sociales y económicas. En la actualidad, tras años de confrontación, ambas se entrelazan por un elevado grado de pragmatismo y eclecticismo, así como por una necesidad real de analizar el «tipo» de espacio actual, el espacio local globalizado.

Hoy, asumidos los espacios social y subjetivo como centrales en nuestra disciplina, ha surgido la necesidad de entrelazar escalas, de crear una dialéctica entre lo local y lo global que se convierta en el fundamento del espacio y del paisaje, y que pase a formar parte, como concepto, del corpus teórico de la geografía. Milton-Santos fue el primer geógrafo, y de los primeros científicos sociales, en darse cuenta de que el nuevo sistema-mundo necesitaba una visión totalizadora. En la actualidad, la relación local-global se ha convertido en «el pilar clave de todas las formas de conocimiento geográfico» (Pillet, 2008); **se trata de analizar el espacio humanizado en el proceso de la globalización.** Sin embargo, entre estas dos realidades, la local y la global, **existen multitud de escalas que se han de tener en cuenta para no perder información y conocimiento.** Neil Brenner, entre otros, ha señalado en distintas ocasiones la importancia de seguir teniendo en cuenta al Estado como agente indispensable para entender el proceso globalizador y, sobre todo, la relación global-local. De esta forma, podemos ir pasando por diferentes escalas para comprender procesos de corte global, regional o local.

Figura 3. Cuadro sintético que relaciona la corriente geográfica con el objeto de estudio / concepción del espacio



Fuente: Pillet, 2004, pág. 143.

De esta manera, podemos relacionar las diferentes corrientes geográficas con diversas formas de entender qué es el espacio. La figura 3, elaborada por el geógrafo Félix Pillet, realiza una síntesis de dichos pensamientos en la que se puede ver el pensamiento dominante y la forma de comprender el espacio.

Después de lo visto hasta aquí, cabe detenerse pues en tres cuestiones importantes para la actual geografía:

- 1) Espacio social, del que ya hemos hablado pero sobre el que se puede profundizar mucho más.
- 2) El uso de las escalas en geografía y la relación entre ellas, lo que también dará paso a la diferenciación entre lugar y región.

3) El paisaje, un término que ha perdurado en la geografía como disciplina, pero en el que no hemos entrado todavía.

3. El espacio social

Desde la aparición de la geografía radical, el concepto de *espacio social* se ha convertido en primordial en las ciencias sociales.

Son ya muchos los análisis que se han realizado sobre la historia del concepto de espacio. La mayoría de ellas parte de una **ruptura con la concepción kantiana de espacio absoluto**, es decir, contenedor e inerte. Las bases más modernas que rompen con esta categoría las encontramos en el filósofo Michel Foucault, que dice, «no vivimos en una especie de vacío, en cuyo interior puedan disponerse individuos y cosas. No vivimos en el interior de un vacío que cambia de color como un tornasol, vivimos en el interior de un conjunto de relaciones» (Foucault, 1978).

Y en Henri Lefebvre, quien propone que el espacio únicamente puede ser social.

«El espacio (social) [...] en tanto que resultado de una secuencia y de un conjunto de operaciones, no puede reducirse a la condición de simple objeto. [...] Efecto de acciones pasadas, el espacio social permite que tengan lugar determinadas acciones, sugiere unas y prohíbe otras. Entre esas acciones, unas remiten al universo de la producción, otras al del consumo (es decir, al disfrute de los productos). El espacio social implica múltiples conocimientos» (Lefebvre, 2013, pág. 129 [1973]).

De esta forma, el espacio es a la vez marco de estudio –donde suceden las «cosas»– y objeto de análisis –su transformación, su morfología, su impacto o sus condicionamientos. **Dos ideas** nos guían con respecto a esta dualidad. Por un lado, **los procesos sociopolíticos toman forma y se convierten en tangibles en el espacio** (Castells, 1971). Por otro, el espacio es un sujeto activo en la configuración de los movimientos y los tiempos de sus ocupantes y, por lo tanto, **el diseño urbano pasa a ser un agente activo** (Lefebvre, 2013 [1973]).

Ambas visiones son dos caras de una misma moneda. De la primera, se intuye el espacio como un objeto aparentemente neutro y las relaciones sociales como configuradoras de lo social. De la segunda, se entiende el espacio como agente activo, y condicionante de los sucesos y las estructuras sociales. Sin embargo, ambos son dos procesos entretreídos.

Se entiende, pues, que las morfologías y las dinámicas sociales –el espacio social– aparecen como resultado del entrecruzamiento del espacio y las relaciones sociales, ambos como agentes activos socialmente.

Bibliografía recomendada

Es este un viejo debate que procuraron resolver, por un lado, Manuel Castells en *Problemas de investigación en sociología urbana*, concretamente en el capítulo «La ciudad como variable sociológica» (1971) y, por otro, Henri Lefebvre con la triada del espacio, explicada en *La producción del espacio* (2013 [1974]).

De aquí, se entendería que para el análisis del espacio es necesario cotejar sus formas de poder y control, con el uso «no ordenado», «incontrolado» o con las ocupaciones voluntarias con finalidad política –por ejemplo, manifestaciones, aunque no únicamente– como formas de apropiación y contestación. Esto conllevaría una manera de **entender el espacio social como conflictivo**, es decir, tras la intención de unos de negar o conseguir la renuncia del otro a su condición, y viceversa. Es decir, entre quienes se niegan a acatar la autoridad y quienes desean imponer o sugerir prácticas (Delgado, 2011, pág. 66; Massey, 2012 [1999]).

Desde esta posición se desarrollaron concepciones del espacio, sobre todo, desde la geografía radical, como las llevadas a cabo por David Harvey y por Doreen Massey. Ambas concepciones superaban, finalmente, la herencia fisicalista o materialista y comenzaban a imaginarse el espacio de una manera radicalmente nueva: ya no será una condición previa, ni una categoría preexistente, sino que se irá transformando continuamente.

Podemos encarar el concepto de espacio según estos dos autores a partir de dos lecturas: una de David Harvey (1990) «Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination» y otra de Doreen Massey (2012 [1999]) «La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones».

La primera de ellas describe dos características de los conceptos *espacio* y *tiempo*, aunque antes hay que tener claro que se parte de un principio:

- a) El espacio es una construcción social.
- b) Su concepción depende de cada cultura.

Desde aquí Harvey dice, primero, que la definición o concepto de espacio opera con actos objetivos a los que responden las instituciones y los individuos; y segundo, que estos están también implicados en procesos de reproducción social, que cambian conforme a las prácticas económicas (Harvey, 1990, págs. 418 y 423). Harvey lo sintetiza así:

«Each social formation constructs objective conceptions of space and time sufficient unto its own needs and purposes of material and social reproduction and organizes its material practices in accordance with those conceptions. [...] Societies change and grow; [...] objective conceptions of space and time must change to accommodate new material practices of social reproduction» (Harvey, 1990, pág. 419).

Lo que quiere decir Harvey es que **la sociedad se adapta a nuevas formas, a la vez que surgen nuevas organizaciones que se amoldan a las nuevas prácticas materiales de la sociedad**. Todas estas nuevas condiciones harán que el espacio se conciba y tome significados diferentes. Es decir, no se entiende ni se usa igual el espacio bajo el feudalismo que bajo el capitalismo, ni tampoco lo comprende igual un miembro de una etnia de China que el de una europea, por ejemplo.

Ejemplo

La cartografía histórica es una de las mejores herramientas para entender la concepción del espacio de las diferentes culturas en un momento determinado.

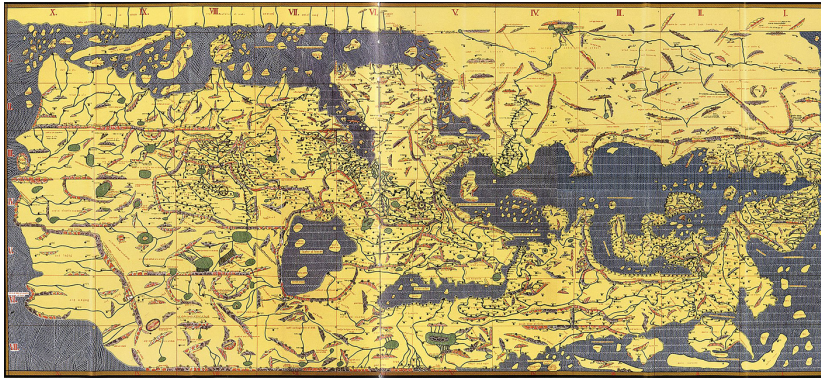
Los mapas nos dan ideas generales, aunque a veces también muy detalladas, sobre la centralidad del espacio, los recursos más importantes del momento, la orientación espacial, la división u organización espacial, entre otras muchas cosas.

Por ejemplo, el geógrafo y cartógrafo árabe, Al-Idrisi, creó en 1154 la *Tabula Rogeriana*. Incluía todo su mundo conocido y abarcaba desde la península Ibérica hasta el Lejano Oriente y el África meridional.

En el mapamundi de Al-Idrisi (figura 4), podemos ver su orientación «sureada», es decir, lo que actualmente conocemos como sur aparece en la parte superior del mapa. También le da una gran importancia al mar Mediterráneo. Todo esto nos da una visión diferente del espacio dando, además, alguna pista sobre a qué lugares concedían mayor importancia y cuáles eran centrales en su organización mental del espacio.

También se pueden apreciar, en su cartografía, el clima y los productos de cada lugar. Estos factores señalan la importancia que se daba al espacio comercial desde las posiciones de poder, pues Al-Idrisi trabajaba a las órdenes del rey de Sicilia Roger II (Al-Idrisi, 2015).

Figura 4. Mapamundi de Al-Idrisi

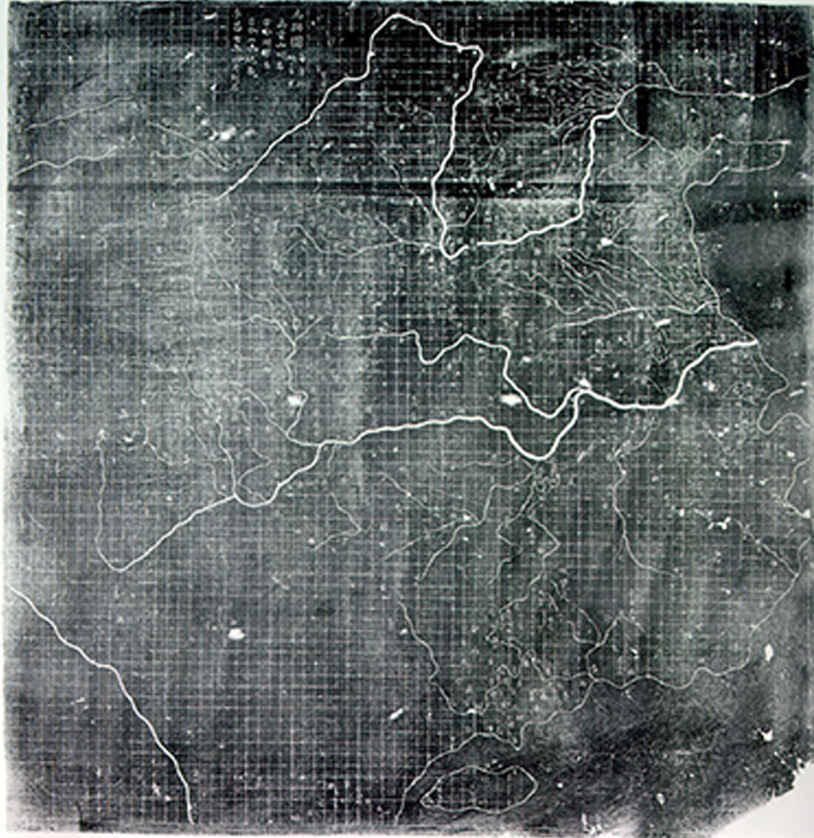


Fuente: Wikimedia Commons. <<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:TabulaRogeriana.jpg>>

En 1137, en China, se cartografió todo el país siguiendo un modelo anterior cuadrículado, de varios siglos atrás. En este mapa (figura 5), se representan muy fielmente los ríos y las costas chinas, además de salir la localización de más de 500 asentamientos. Además, se cartografió buena parte de Corea y de Vietnam.

Seguramente, este tipo de representación nos indica la fuerte preocupación que había en China, durante esa época, por las comunicaciones entre los diferentes lugares, así como la importancia de los recursos hídricos para la subsistencia del país.

Figura 5. Mapa de la dinastía Song



Fuente: Wikimedia Commons. <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/4/48/Song_Dynasty_Map.JPG>

Ambos mapas nos señalan, de esta forma, cómo se está concibiendo el espacio según las culturas y las diferentes relaciones sociales, en este caso, internacionales.

Según Harvey, **el capitalismo, por hablar del actual sistema de producción, impone la necesidad de su propia reproducción a través de la concepción y uso del tiempo y el espacio.** Por un lado, el tiempo se convierte en la forma de medir el valor. Esto quedó muy claro con el surgimiento del taylorismo y, por ejemplo, la profesión de cronometraje industrial. Por otro lado, la construcción del espacio es una forma de supervivencia capitalista tras las crisis. Es decir, que cuando una empresa o modelo de producción entra en crisis tiene varias soluciones a través del espacio. Podemos señalar dos de ellas, aunque habría varias más.

- La primera es trasladarse a otro lugar, como pasó con las fábricas que estaban en el interior de la ciudad y se marcharon a los alrededores, con los cambios infraestructurales que ello suponía durante los cambios de la segunda Revolución Industrial.
- La segunda es producir de forma diferente. Por ejemplo, pasando de un sistema fordista-taylorista a una producción en red –como la actual–, en la que se subdivide una empresa en varios segmentos que se reparten por diferentes países.

Ambos **conceptos, espacio y tiempo**, en su sentido sociopolítico, no siempre son bien recibidos y se **encuentran con la oposición de otras perspectivas**, como la de clase y la de género. Así, cuando el espacio o su noción son contestados, este puede tomar una nueva reconfiguración; la lucha del espacio se convierte en una lucha donde otra noción se plantea como un desafío a lo hegemónico y dominante.

En esta ocasión, Harvey señala que estas actuaciones sobre el tiempo y el espacio llevadas a cabo por los capitalistas, principalmente, las referentes al espacio, no tienen por qué ser lo más adecuado para el resto de la población, que pueden encontrar las nuevas formas espaciales no adecuadas para el desarrollo de su vida cotidiana. Por ejemplo, desde la perspectiva de clase, jornaleros y pequeños propietarios tuvieron que abandonar el campo e irse a la ciudad para sobrevivir, en lo que se conoció como la revolución agrícola de los años 50 del siglo XX. Esto produjo dos luchas: primero, la lucha por la tierra y, segundo, la que tuvo lugar en las ciudades tras su crecimiento demográfico y que conllevó una nueva configuración urbana. En cuanto a la perspectiva de género, estamos viendo en los últimos años de forma clara cómo no se ha concebido igual el espacio urbano por los promotores y urbanistas, por lo general siempre varones, a como lo hacen las mujeres, en general. Entre ambos hay diferencias conceptuales y materiales.

El segundo texto, de Doreen Massey, habla de las formas de conceptualizarlo y su relación con la política. Para Massey, hay tres formas de considerar el espacio, como:

- 1) Productor de interrelaciones.
- 2) Esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad.
- 3) Producto de las relaciones que están, necesariamente, implícitas en las prácticas materiales que deben realizarse; el espacio, de esta manera, está siempre formándose y siempre hay vínculos que deben concretarse. En resumidas cuentas: «el espacio nunca puede ser esa simultaneidad completa en la que todas las interconexiones ya se han establecido y en la cual ya todos los lugares están vinculados entre sí» (Massey, 2012 [1999], pág. 157).

El espacio, así como la identidad de los lugares, regiones o naciones, surge como producto de la interacción y no como contraposición de unos espacios geográficos cerrados, divididos o separados en lugares, localidades o regiones.

En resumen, se propone **el espacio como esfera del encuentro** –o desencuentro– de trayectorias, donde se influyen mutuamente y entran en conflicto, por lo que **siempre está en proceso de realización**. Así, finalmente, el espacio es una zona de disrupciones, no una superficie (Massey, 2012 [1999], pág. 157).

Por otro lado, es ciertamente sugestiva la reflexión de Massey cuando señala cuatro caminos para entender el espacio con una nueva imaginación geográfica que está conectada con el pensamiento político. Estos son:

1) El espacio como **parte integral de lo político** y pieza necesaria para la generación de lo nuevo. Así, se pone énfasis en el espacio como parte integral de la producción de la sociedad.

2) El **espacio entendido en términos de relaciones y de identidades**. Por eso, es necesario pensarlo de una forma no limitada, no definido por términos de exclusividad, ni de contraposición interior/exterior y no verlo como dependiente de nociones falsas sobre autenticidad generada internamente (especificidad local y perspectiva internacional).

3) Una política relacional en la que se reconozcan las formas, que sea **indisociable del poder social, y de las relaciones de dominio y subordinación**.

4) El espacio como construcción del futuro, es decir, un espacio abierto y en **proceso de formación** (Massey, 2012 [1999], págs. 178-181).

Tanto Harvey como Massey confrontan tiempo y espacio, y ambos dan al espacio la característica de centrar la acción social. Más tarde, al menos David Harvey, se evitará darle más importancia al espacio que al tiempo y viceversa, y comenzarán a **usar y promover el término espacio-tiempo**.

Fuera de la disciplina geográfica y pasando a adoptar también una perspectiva de lo simbólico, cabe tener en cuenta otro texto que es fundamental a la hora de entender el espacio y su función: «Efectos de lugar», escrito por el sociólogo Pierre Bourdieu en el libro *La miseria del mundo* (Bourdieu, 1999). La idea central que propone es que el espacio físico es el reflejo de lo social «del espacio social».

Primero, es conveniente explicar qué es el espacio social para Bourdieu, pues se aleja de la cuestión geográfica.

«Se puede representar el mundo social bajo la forma de un espacio –con muchas dimensiones– construido bajo la base de principios de diferenciación o de distribución [...]. Los agentes y los grupos de agentes son definidos de este modo por sus posiciones relativas en ese espacio. Cada uno de ellos está acantonado en una posición o una clase precisa de posiciones vecinas –por ejemplo, en una región determinada del espacio– y no se puede realmente –aunque sí puede hacerse en pensamiento– ocupar dos regiones opuestas del espacio. En la medida en que las propiedades seleccionadas para construir este espacio son propiedades activas, se le puede describir también como un campo de fuerzas; es decir, como un conjunto de relaciones de fuerza objetivas que se imponen a todos aquellos que entran al campo y que son irreductibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso a las interacciones directas entre los agentes» (Bourdieu, 1990, pág. 28).

En definitiva, **las sociedades están configuradas por las distancias sociales entre personas y grupos** que darán lugar a un espacio social que puede modificarse por las relaciones de fuerza –conflicto.

Pero Bourdieu aboga por un análisis riguroso de las relaciones entre las estructuras del espacio social y las del espacio físico (Bourdieu, 1999, pág. 119).

Para Bourdieu, los seres humanos, como cuerpo, se sitúan en un lugar (punto del espacio físico) como localización o posición. Por otro lado, los agentes sociales que se constituyen como tales en y en relación con un espacio social tienen también una posición en él.

Así, para Bourdieu, **las configuraciones de los espacios físico y social están profundamente ligadas**. Lo que interesa aquí es lo siguiente: «la estructura del espacio se manifiesta bajo la forma de oposiciones espaciales donde el espacio habitado funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social», es decir, que el espacio social se manifiesta en el físico aunque de forma «deformada, enmascarada o turbia» (Bourdieu, 1999, pág. 120) a través de un efecto de naturalización –de un mundo natural– que esconde las diferencias históricas. De esta forma, si una sociedad está jerarquizada, el espacio también lo está y, por tanto, así lo expresa, al igual que las distancias sociales.

En esta situación, **el poder se manifiesta en el espacio físico, sobre todo a través de la posesión y de la distribución espacial de bienes o de agentes sociales**. Asimismo, la posición social de un mismo agente se expresa también por el espacio que ocupa a través de sus propiedades. Esto, finalmente, puede resultar en **el valor de las diferentes regiones, que suele medirse por la concentración o carencia de bienes y servicios**.

Estas oposiciones, que se materializan en el espacio físico, tienden a asimilarse en el imaginario colectivo **influyendo en la percepción y apropiación**, es decir, pasan a formar parte de las **estructuras mentales**. De esta forma, el espacio termina siendo una de las principales formas de ejercer el poder y, según Bourdieu, la forma más sutil de hacerlo es mediante la violencia simbólica –inadvertida–: «los espacios arquitectónicos cuyas conminaciones mudas

interpelan directamente al cuerpo [...] son sin duda de los componentes fundamentales a causa de su misma invisibilidad, del simbolismo del poder y de los efectos totalmente reales del poder simbólico» (Bourdieu, 1999, pág. 122).

Fijémonos pues, que Bourdieu no se alejará tanto de las concepciones de Harvey y Massey sobre el espacio, aunque llegue por otros itinerarios (ver tabla 1). Señala el espacio físico como resultado de los procesos sociales y, a la vez, entiende que modifica los comportamientos a través de su influencia en las estructuras mentales. Además, señala la presencia del poder en el espacio físico que conllevará diferencias y, por tanto, dará lugar al conflicto.

Tabla 1. Síntesis del concepto de espacio en Harvey, Massey y Bourdieu

	Harvey	Massey	Bourdieu
El espacio es...	social	social y político	social y simbólico
La acción social está centrada en...	espacio y tiempo	espacio y tiempo	sociedad y espacio
Configurado por...	lucha y cultura	conflicto	campo de fuerza
Características centrales	Reproducción social	Relaciones e identidades	Posición, distancia y estructura mental

Fuente: elaboración propia.

La tabla 1 resume de forma clara las características del pensamiento espacial de Harvey, Massey y Bourdieu. En todos los casos, podemos ver que se entiende el espacio como un producto social, ya sea este material, relacional o simbólico. Esta característica hace que sea, en buena parte, el centro de la acción social, es decir, un factor primordial a la hora de tener lugar los procesos sociopolíticos y económicos. También todos ellos piensan que su ordenación o arreglo viene dado por la confrontación en el que cada uno da más relevancia a alguna noción: lucha, conflicto o campo de fuerza –este último, propio del pensamiento de Bourdieu.

Una vez que nos hemos adentrado en el término espacio, en este caso, espacio social, ahora toca señalar las diferencias entre algunos conceptos de uso común en la geografía.

4. Espacio, lugar y región. El pensamiento escalar

A partir del concepto de espacio surgen otros que son utilizados en gran medida en los estudios geográficos. Podríamos decir que la noción de espacio los engloba a todos o que son sus derivados. O bien que, al ir recibiendo matices, se vuelven distintos. No obstante, una forma de verlos es a través de otro **concepto clave en geografía: el de *escala***. Por tanto, **a través de cambios escalares nos encontraríamos con términos como *lugar, región, paisaje o territorio***. Aquí, nos ocuparemos de los conceptos de escala, lugar y región, abordando en el apartado siguiente el de paisaje.

La **escala** es un concepto que está relacionado directamente con la **extensión geográfica de los objetos de estudio**, y que sirve para precisar algunos factores metodológicos de la investigación científica. Las propiedades de los objetos de estudio se comprenden de forma diferente dependiendo de la escala en la que se acoten. De esta forma, siempre **se requiere que se precise en qué escala es posible observar y entender mejor los procesos y fenómenos** (Sheppard, McMaster, 2008, pág. 5).

La **elección de una escala determinada se concreta a partir de las características del fenómeno o del proceso a estudiar**. No siempre coinciden patrones observados en una escala cartográfica con los concretados en otra. Por ejemplo, los procesos que determinan regularidades en escalas grandes no necesariamente pueden ser deducidos a partir de los que lo hacen en escalas pequeñas y viceversa (Gibson *et. al*, 2000; Levin, 1992). Esto suele ser así, por ejemplo, en los estudios de geografía económica ya que, por ejemplo, los patrones de precios de la vivienda en el ámbito municipal no tienen por qué seguir los estatales; o el volumen de inversiones infraestructurales no tiene por qué coincidir entre el Estado y una región determinada. También por una cuestión de enfoque, por ejemplo, en geografía urbana, a pesar de poder estar estudiando el espacio público, los fenómenos y procesos que se examinan a escala municipal –inversiones municipales y distribución espacial– no son los mismos que en una escala cartográfica más grande. Como, por ejemplo, una plaza donde probablemente observaremos el tipo de reforma o el comportamiento de los individuos.

En la mayoría de las ocasiones, la extensión de la observación es escogida intencionadamente para entender aspectos clave de los sistemas ecológicos o sociopolíticos. Así, podemos escoger una escala estatal para entender procesos infraestructurales como las redes de ferrocarril o tomar como válidos los límites municipales para realizar un estudio sobre victimización. Otras veces, queda circunscrita por las propias capacidades de percepción humana. Por ejemplo, en el estudio sobre el efecto en el comportamiento de las personas de una reforma urbanística de barrio, puede ser que nos tengamos que limitar a estu-

Nota

Una escala cartográfica pequeña es aquella que abarca mucho territorio, representado matemáticamente, por ejemplo, como 1:100.000. Por el contrario, una escala cartográfica grande es aquella que cubre poca dimensión, por ejemplo, 1:100. Hay que ser cuidadoso, pues, en no confundir la dimensión con la escala matemática.

diar solo una parte de ella pues no conseguiremos, a través de nuestros sentidos, obtener una visión global. Otro caso son las restricciones logísticas y tecnológicas, las cuales condicionarán en buena medida el campo de estudio. Por ejemplo, en análisis de tipo empírico sobre geomorfología o hidrología habrá que adaptarse al campo permitido por los aparatos de técnicas de adquisición de información geográfica, tales como un equipo láser o un dron, lo cual incide en mayor o menor medida en la comprensión del fenómeno escogido.

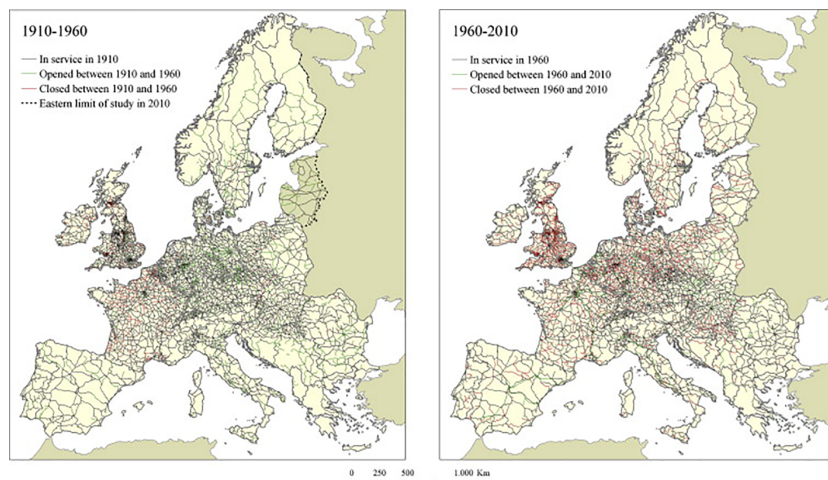
Por todo ello **suele ser aconsejable, en un estudio con ambición científica y empírica, la combinación de elementos escalares** para poder, así, entrelazar la mayor información posible sobre un aspecto de carácter territorial.

Ejemplo

A lo largo de su trayectoria investigadora, Jordi Martí-Henneberg, ha puesto empeño en arrojar luz sobre los diferentes impactos territoriales que ha tenido el ferrocarril, principalmente, a escala europea. Sin embargo, para poder alcanzar el objetivo de tener una visión holística sobre la materia, y a pesar de poner un fuerte interés en Europa, ha recurrido a diferentes escalas: la continental, la estatal, la regional y la urbana.

Uno de los puntos principales de su investigación ha sido la creación de mapas a escala europea (figura 4) que representen las diferentes etapas, relacionadas con ciclos económicos, de montaje o desmantelamiento de vías de ferrocarril en Europa. En este sentido, Martí-Henneberg fijaba su atención tanto en su relación con la economía continental como con su impacto en las formas de transporte consecuentes con cada etapa.

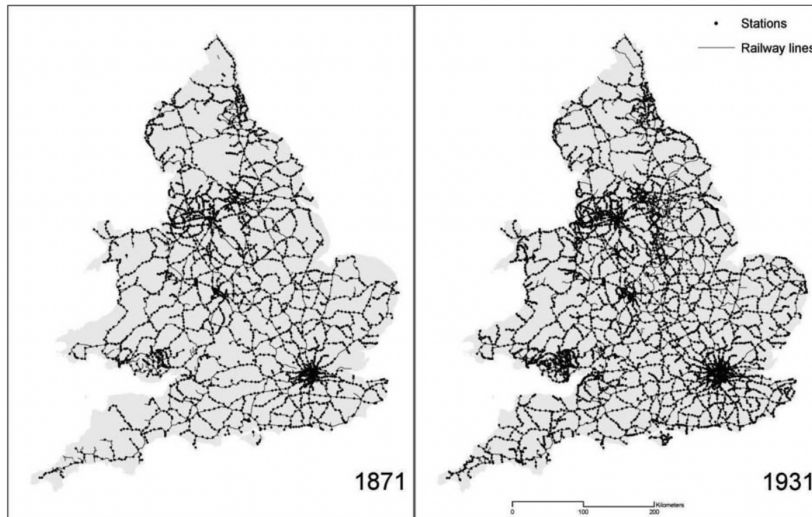
Figura 6. Mapas ferroviarios a escala europea en dos etapas temporales diferentes



Fuente: Martí-Henneberg, 2013.

Sin embargo, esta es solo una visión parcial en la que se pierden detalles o se omite información. Para subsanar, al menos en parte, estas deficiencias, ha sido habitual en su trayectoria recurrir a la escala estatal para dilucidar diferentes procesos (figura 5). Por ello, ha tratado diferentes estados: Reino Unido, Francia, España o algunos países nórdicos o balcánicos. Esta escala, en la que se podía incidir sobre los factores anteriores, daba pie a relacionarlo con otro tipo de indicadores como la demografía para el estudio, por ejemplo, de la cohesión y los desequilibrios territoriales.

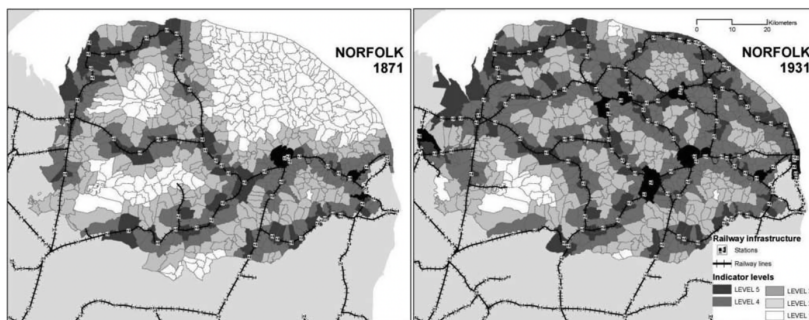
Figura 7. Mapa de ferrocarriles en Inglaterra y Gales



Fuente: Schwartz, Gregory y Martí-Henneberg (2011).

Precisamente, estas características de cohesión o desequilibrio territorial han llevado a Martí-Henneberg a realizar estudios en la escala regional para poder señalar las diferentes características en torno a la configuración del ferrocarril (figura 6). La comparación de diferentes regiones en diferentes momentos históricos ha dado lugar a esclarecer convergencias y divergencias en las formas de crecimiento económico, de las infraestructuras y de las propias desigualdades socioterritoriales.

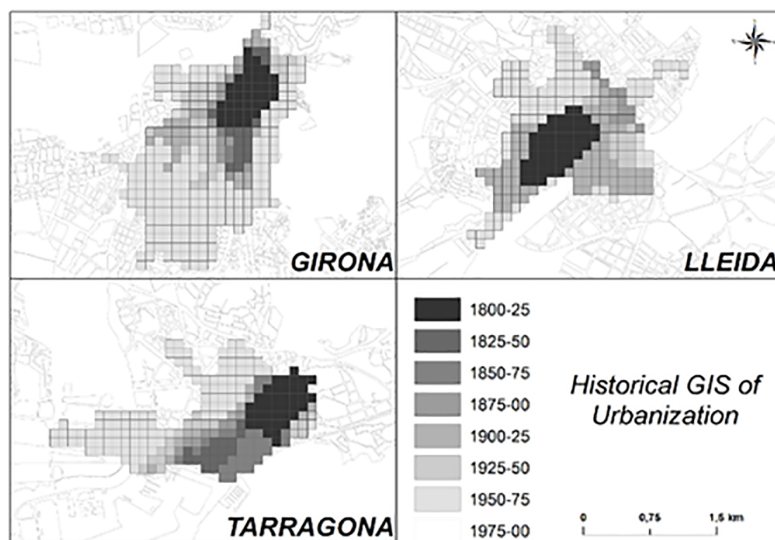
Figura 8. Mapas de Norfolk que relacionan ferrocarril e industria



Fuente: Álvarez-Palau, Franch, Martí-Henneberg, 2013.

Igualmente, el estudio del ferrocarril en el ámbito territorial también se ha realizado a escala municipal con un interés principal en el crecimiento urbanístico a partir de la localización de las vías y las estaciones. Esto último, además de arrojar luz sobre el crecimiento de la población en las ciudades, también ha resultado en una ampliación de conocimiento sobre la segregación urbana o la propia localización, tanto en el pasado como en la actualidad, de las actividades económicas ya sean urbanas o regionales.

Figura 9. Mapas de crecimiento urbano de las ciudades de Lleida, Tarragona y Girona, donde las redes de transporte han sido muy influyentes



Fuente: Álvarez-Palau, Solanas, Martí-Henneberg *et al.*, 2016.

Por tanto, la interrelación de la información de las diferentes escalas es esencial para la visión holística de la que hablábamos al principio.

Ejemplo

Si en el anterior ejemplo veíamos el recorrido histórico de las investigaciones de un autor, ahora podemos ver la importancia de las escalas en los estudios geográficos a través de la forma de organizar un libro pensado desde la geografía.

En 2014, el portal *GeoCrítica* organizaba su XIII Coloquio, del cual surgió un libro titulado *Espacios del control y regulación social* (Casals, Bonastre, 2014). Con un claro enfoque histórico-geográfico, el libro se organizó conforme a dos fundamentos: el tiempo histórico y la escala. Desde el punto de vista cronológico, la obra comprende desde el siglo XVII al XX, aunque la mayor parte se sitúa en los siglos XIX y XX.

Por otro lado, el libro abarcaba diferentes escalas: desde los espacios arquitectónicos – cárceles, edificios antituberculosos o escuelas, por ejemplo–, los espacios públicos –con temas como la prostitución o los barrios pobres–, la ciudad de forma general –higienismo, ferrocarril, etc.–, la región –«la lucha por el control de un valle mexicano o del valle del Guadalquivir»–, el Estado –leyes nacionales, artículos constitucionales, sistemas de defensa estatal, etc.– o incluso con afectación a diversos estados, como los controles fronterizos.

De esta forma, centrado sobre todo en el campo del poder, se podía ver cómo el control imbuía todas las escalas territoriales y espaciales, y se podía comprender de diversas maneras cómo funcionaban los mecanismos y dispositivos de control desde y sobre el territorio.

Así pues, el factor escala es esencial para el estudio en geografía. Sin embargo, **definir esta escala, es decir, darle un nombre, no resulta tan fácil** pues enseguida se convierte en ambiguo y necesita una referencia.

Pongamos como ejemplos los conceptos de *lugar* y *espacio*. Estos se van relativizando conforme se va cambiando de escala. **Algo que en un momento se puede considerar un espacio puede pasar a ser un lugar** si tomamos una nueva referencia. **Al ir cambiando de escala**, de lo más concreto a lo más extenso, también **cambia la forma de percibir y concebir** el lugar. Por ejemplo, nuestra casa puede ser un lugar con mucho significado y de arraigo personal, pues la cotidianidad de nuestra experiencia es un factor muy potente. Pero también pueden serlo escalas geográficas más pequeñas como la comarca, la región o la nación que, en comparación con nuestra casa, los trataríamos como espacios. La diferencia radica en que, **conforme se extiende la dimensión, tenemos que usar en mayor magnitud la imaginación** u otras fuentes y recursos poco cotidianos o usuales en el día a día.

Por otro lado, un lugar se puede convertir en referencia por su significado para la sociedad –que puede ser tanto positivo como negativo. Esto se debe, en parte, a la imagen que transmiten los hechos que han sucedido en él, los discursos sobre el lugar, entre otros, que hacen que estos lugares resulten sagrados, simbólicos o históricos. Son lugares que se han convertido en puntos de referencia, lugares de memoria o, por el contrario, zonas evitadas.

Figura 10. Villa 31 en la ciudad de Buenos Aires. «Lugar» vilipendiado



Fuente: Wikimedia Commons. <https://es.wikipedia.org/wiki/Villa_miseria#/media/File:Villamiseria5.JPG>

Bibliografía recomendada

Respecto al uso de la imaginación para la formación de identidades colectivas la obra clásica que abrió este camino es la del politólogo Benedict Anderson. Anderson, B. (1993): *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Figura 11. Monumento 11-M, estación de Atocha, Madrid. Lugar de memoria



Fuente: Wikimedia Commons.<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Madrid_-_Puerta_de_Atocha_-_Monumento_11-M_-_20070324a.jpg>

En resumidas cuentas, **el lugar adquiere el significado de espacio vivido**, cercano a lo que señalaba Yi-Fu Tuan (1979), autor adscrito a la geografía humanista, la corriente que dará más importancia a este concepto. El lugar, para este autor, posee un «espíritu», una «personalidad», teniendo un «sentido de lugar» que se manifiesta por la apreciación visual o estética y por los sentidos a partir de una larga vivencia.

En general, en la geografía humanista, el lugar es concebido como una área limitada, como una porción concreta del espacio con una **gran carga simbólica y afectiva** (Nogué, 1989) al turismo concebido como una experiencia geográfica (en la que el paisaje es un elemento esencial). De aquí surge también el no-lugar utilizado por muchos autores, entre ellos Henri Lefebvre, pero que desarrolló con más éxito el antropólogo Marc Augé. Así, un no-lugar, sería aquel espacio del anonimato, un lugar indiferente y frío, sin identidad ni memoria, y que no tiene nada que ver con contextos espaciales culturalmente identificados e identificadores. Son lugares como las autopistas, las habitaciones de los hoteles, los cajeros automáticos, las terminales de los aeropuertos o los hipermercados.

Figura 12. Terminal 1 del aeropuerto Josep Tarradellas Barcelona-El Prat. Un posible no-lugar



Fuente: Wikimedia Commons. <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/73/T1_del_Aeropuerto_de_Barcelona-El_Prat.jpg>

Nota

Recordemos que el espacio lo habíamos definido como una construcción social dependiente de cada cultura. Así, el no-lugar estaría despojado de esa condición ya que no se puede asimilar a un contexto o una situación cultural determinada. En la práctica, sería difícil encontrar un no-lugar que cumpla todos los requisitos para serlo.

Cambiando de escala, pasamos ahora al término *región*. A partir de 1980, la geografía regional tuvo de nuevo en auge enmarcada en las nuevas concepciones de espacio social y de espacio subjetivo. El concepto de región gozó de nuevo de un uso predilecto. En buena parte, su diferencia con el concepto de lugar viene determinado por este cambio de escala.

La región es un término igual o incluso más ambiguo que lugar ya que, en buena parte, se podría definir como **lugar de lugares o conjunto de lugares coherentes**. Estos no solo están condicionados por el medio físico, como sucedía en la primera geografía regional, sino que, para su estudio, hay que introducir factores como la afectividad y el simbolismo. Frémont decía que

«[...] el espacio vivido, en toda su dimensión y complejidad, aparece así como el revelador de las realidades regionales; realidades de orden administrativo, histórico, ecológico, económico, pero también, sin duda y fundamentalmente, de orden psicológico [...] La región, si existe, es un espacio vivido. Visto, percibido, sentido, amado o rechazado» (Frémont, 1976, pág. 14).

Pero el concepto de región es muy ambiguo, lo que da lugar a diferentes definiciones según el objeto de estudio o la rama de la disciplina geográfica. Por ejemplo, desde la geografía política, la región se concebirá como el medio para la interacción social que tiene un papel básico en la producción y reproducción de las relaciones sociales, pero en el que además la distribución espacial del poder y su uso en el espacio será un elemento básico de diferenciación regional (Raffestin, 1980). Desde la geografía cultural, se define como un conjunto específico de relaciones culturales entre un grupo y un lugar particular.

La región es un tema de identificación o de identidad definidos por una cultura, que es vista por sus habitantes como estrechamente unida a su territorio siendo, por tanto, una concepción unida a la de «sentido de lugar» (Nogué, 1989) al turismo concebido como una experiencia geográfica (en la que el

paisaje es un elemento esencial). De todas formas, la región sigue definiéndose conforme a diferentes concepciones o intereses. **A veces se exalta la vertiente material, y otras la simbólica o sentimental;** otras, se busca principalmente la homogeneidad y la coherencia; otras veces, como veremos, es sinónimo de paisaje.

Sin embargo, el concepto de región ha sido sustituido en buena parte por los de *territorio* y *lugar*, principalmente, por su ligazón a los sentidos y los sentimientos de lugar y de pertenencia. Sobre todo, la noción de territorio suple al de región cuando queremos desprendernos de la subjetividad y las emociones.

Aunque no nos adentraremos en ello, **el territorio lo podemos definir como el espacio geográfico entendido como marco de vida, como ámbito apropiado y construido por la sociedad** en distintos contextos ambientales e históricos. Sin embargo, **en él entrarían cuestiones diversas como las redes de transporte o el alcantarillado, pero también el tejido comercial, el asociativo, los recursos ambientales, el propio paisaje** y una larga enumeración de elementos que quedarían englobados en una visión holística del espacio, a veces muy difícil de abarcar.

Sin embargo, es normal encontrar estos tres términos, *lugar*, *territorio* y *región*, usados como sinónimos o sin grandes diferenciaciones.

En definitiva, el uso de las escalas, algo habitual en el pensamiento geográfico, determina de alguna forma la utilización de nociones relacionadas con el espacio. Sin embargo, aunque hemos dado importancia al espacio social ya que lo hemos entendido como un producto de la sociedad, también tenemos que destacar que el uso de los términos va ligado directamente a una apelación a los sentimientos. Es decir, podemos encontrarnos el mismo sentimiento de arraigo o de pertenencia en distintas escalas –entendidas como se dijo anteriormente, con la extensión geográfica–, por lo que distinguiremos lugar, región o nación, por ejemplo; pero también podemos encontrarnos en una misma escala la existencia o no de sentimiento, en el primer caso usaremos región y en el segundo territorio. Aquí, por tanto, cobra mucha relevancia el espacio subjetivo propuesto por la geografía humanista.

5. ¿Qué es el paisaje?

El concepto de *paisaje* es uno de los más utilizados y, a la vez, uno de los más ambiguos, ya que incluye espacios de dimensiones, ámbitos y contenidos muy diferentes.

A lo largo de la historia del pensamiento geográfico ha ido cambiando, siendo una de las ideas, junto con la de espacio, que mejor acompaña a la transformación de nuestra disciplina. Además, al igual que el espacio, este concepto tiene un uso social amplio, al margen de la geografía.

La idea de paisaje no nace en nuestra disciplina, seguramente encontramos su origen dentro de los contornos de la pintura paisajística del siglo XVI y no en la ciencia social. **En aquel momento, el paisaje tenía que ver con un conjunto de cosas a la vista.** Es decir, algo estático, sincrónico y delimitado por el ojo humano.

Figura 13. *Paisaje con arco iris*, de Rubens (1637)



Fuente: Wikimedia Commons. <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/3/36/Peter_Paul_Rubens_071.jpg>

Al final del siglo XIX, la geografía empezó a tratar el concepto, pero fue con Humboldt cuando comenzó a tomar el camino que llegará hasta nuestros días. En su libro *El cosmos* lo entendía como un todo, como una unidad organizada y compleja, producto de la integración de los elementos que componen la superficie terrestre. **El paso clave era entenderlo como un dispositivo coherente y no delimitado al ojo humano.** Richtofen, seguidor de las ideas de

Humboldt, conectará tres esferas para la comprensión del paisaje: la hidrosfera, la litosfera y la atmósfera. Estos tres ámbitos resultarán en otro producto, la biosfera. Por tanto, el concepto se va volviendo más complejo.

Esta concepción irá tomando forma al juntarse con otras ideas como, por ejemplo, la de holismo, «según el cual el Universo, y todas sus partes constituyentes, tiene la tendencia a formar unidades que componen un todo y del que participa la materia viva, la materia inerte y la materia pensante –el hombre–» (De Bolós, 1992, pág. 7). De esta forma surge por primera vez una tímida aparición, **el elemento hombre**; sin embargo, y como sigue sucediendo en muchos enfoques, este se toma como un elemento ecológico, propio del medio natural.

Esta es la tendencia que tendrán de definir el paisaje desde la geografía regional. Tomando al hombre como un elemento más de la naturaleza, el paisaje queda definido prácticamente en su totalidad por componentes ambientales, propios de la geografía física, dejando en segundo término el impacto antrópico.

Vidal de la Blanche concebía la región como una configuración física, de unidades homogéneas geológicas donde se analiza la evolución de los elementos del paisaje tanto físicos como humanos (Pillet, 2008, pág. 59). Fiel a su concepción de la geografía, es decir, al enfoque naturalista, los regionalistas apostaban por el posibilismo de los fenómenos geográficos. Es decir, que el medio ambiente natural establece en buena medida el comportamiento y el desarrollo socioeconómico del ser humano y de las sociedades, a la vez que el ser humano realiza una explotación de la naturaleza en función de técnicas y elecciones desarrolladas. Para la geografía regional, región y paisaje empezaron a tener un significado muy similar.

Apareció una geografía del paisaje hacia 1920. Entonces ya empezamos a encontrar concepciones del paisaje mucho más próximas a la actual. Penck, por poner uno de tantos posibles ejemplos, lo entendía a través de la integración de todos los elementos físicos que definen y distinguen un sector de otro. De aquí, surgió también la idea de *paisaje cultural* que, a pesar de seguir entendiendo el marco territorial a través de los elementos físicos, se fijaba en la huella antrópica sobre el paisaje a través de sus actividades. Otros autores del momento serán Oppel y Passarge.

Lo importante a partir de aquí es la idea de paisaje como una unidad integrada; por tanto, no es una yuxtaposición de elementos sino una **estructura propia, resultado del funcionamiento de sus componentes que la hace coherente y diferenciable**.

Con la aparición de la idea de espacio social en los años setenta del siglo XX, el concepto de paisaje fue añadiendo importancia a la sociedad y, por tanto, al impacto y la huella antrópicas. De esta forma, se abandonará el determinismo ambiental y el posibilismo –lo que ya había ocurrido con la aparición de la geografía cuantitativa– y se pondrá de relieve de forma más clara la interacción de ser humano y naturaleza.

Aunque con notables obras predecesoras, como *La Cerdanya* de Pau Vila, en 1926, la completa asimilación del ser humano y su carácter relevante en la composición del paisaje a partir de los años 60 y 70 del siglo XX dieron lugar a un concepto diferente de paisaje, sobre todo al incluir un nuevo factor ligado a lo antrópico, principalmente la perspectiva dinámica.

En resumidas cuentas, se va dejando paulatinamente el interés puramente fisionómico del paisaje encontrándolo, por el contrario, en su evolución. Al no ser estático sino dinámico –no estable sino cambiante–, se sustituye el interés por la forma, y la estructura por el de la formación y la estructuración.

De todas formas, la idea de paisaje, tal como se ha dicho antes, es de un uso muy común y sigue entendiéndose de diversas formas. Dos de ellas son las más usuales: para algunos es sinónimo de *medio ambiente* o de *ecosistema* y, para otros, tiene un valor puramente estético y se asocia al concepto de panorama o de vista.

Una definición bastante básica y que no entra en conflictos la podemos extraer del Convenio Europeo del Paisaje:

«Cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos».

De todas formas, **podemos encontrar varias definiciones de paisaje**, como nos recuerda Félix Pillet (2008). **Lo más sencillo es interpretarlo como una construcción o producto social**, siendo «las miradas sobre el paisaje las que reflejan una determinada forma de **organizar y experimentar el orden visual** de los objetos geográficos en el territorio» (Nogué, Font, 2007, págs. 11-12). Por otro lado, según Martínez de Pisón (2007, pág. 336) «los paisajes son las formas que adquieren los sistemas territoriales, **son más que formas territoriales, pues “no hay paisaje sin hombre”**». Frolova y Bertrand señalan de él que «es la expresión del **trabajo de la sociedad humana** sobre la naturaleza» (Frolova, Bertrand, 2006, pág. 265). El paisaje, en definitiva, es el **producto característico y concreto –pero no estable–** de una serie de complejas

interacciones existentes entre una comunidad humana insertada en un contexto cultural determinado y un escenario natural (Albet, García, 2009, pág. 36). Nicolás Ortega, basándose en Besse (2000, págs. 102-107), decía:

«[...] el paisaje es la expresión fisonómica concreta de la realidad geográfica y del orden que la vertebraba. Dicho de otro modo: **los hechos geográficos –naturales y humanos– dejan huellas en la superficie terrestre**, configuran un conjunto de formas y de signos, una especie de escritura, que el conocimiento geográfico debe saber mirar, es decir, debe saber leer e interpretar. Y esa superficie terrestre escrita, marcada por las huellas de los hechos geográficos, es el paisaje» (Ortega, 2010, pág. 368).

Tal como podemos observar, las definiciones de *espacio social* y de *paisaje* no son excesivamente diferentes. Encontramos una gran similitud en cuanto a su relación con la sociedad. Probablemente, la diferencia más significativa radica en que el paisaje ponga mayor empeño en el impacto sobre la naturaleza y, a pesar de todo, no se desligue de la importancia del factor visual.

La introducción de la actividad humana como componente del paisaje ha permitido caracterizar de muchas formas el paisaje. Así, **se tiene en cuenta el factor natural, el humano, las expresiones artísticas, valores estéticos, históricos, simbólicos, entre otros.**

El *Observatori del Paisatge de Catalunya* tiene una información muy válida y extensa sobre la ordenación del paisaje en Cataluña. Este mismo organismo puede clasificar el paisaje de diferentes maneras; por ejemplo, a la hora de consultar su archivo de imágenes lo hace de la siguiente manera:

- Por tipo de paisaje: natural, rural, urbano, periurbano, industrial, infraestructural, litoral (ver figuras 14, 15, 16 y 17).
- Por intervención paisajística: conservación, restauración, integración.
- De otras formas: ocio, contemplación, vista en detalle.

Bibliografía recomendada

En 2002, Nicolás Ortega recopiló una serie de artículos, surgidos del I Encuentro del Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria, de diversos autores de los campos de la geografía, la historia y la historia del arte. En ellos se puede ver la evolución del concepto, su uso y diversas reflexiones metodológicas. Desde aquí, puede uno hacerse una amplia idea de cómo es el uso actual de la noción de paisaje (Ortega, 2002).

Figura 14. Paisaje natural en el término municipal de Sant Llorenç de Morunys



Fuente: Observatori del Paisatge de Catalunya. Autora: Sandra Torredadella.

Figura 15. Paisaje urbano. Lleida



Fuente: Observatori del Paisatge de Catalunya. Autora: Sònia Pérez Huertos.

Figura 16. Paisaje industrial de Vilaseca



Fuente: Observatori del Paisatge de Catalunya. Autor: Jordi Grau.

Figura 17. Paisaje infraestructural en el Empordanet



Fuente: Observatori del Paisatge de Catalunya. Autor: Jordi Grau.

Sin embargo, la forma más habitual de clasificar el paisaje y acorde con lo que se ha señalado sobre qué se concibe como paisaje, es hacerlo tras la ardua tarea de **organizar el territorio a partir de unidades de paisaje.**

Por unidad de paisaje se entiende: «[...] porción del territorio caracterizada por una combinación específica de componentes paisajísticos de naturaleza ambiental, cultural, perceptiva y simbólica, así como de dinámicas claramente reconocibles que le confieren una idiosincrasia diferenciada del resto del territorio». Observatori del Paisatge de Catalunya (2014).

6. Paisaje y planeamiento territorial

El paisaje se ha convertido en una pieza fundamental para el planeamiento territorial. Poco a poco, desde principios del siglo XX, quizás un poco antes en ciertos países, se ha ido incorporando a la agenda política. El primer impulso se realizó con la idea y la creación de parques nacionales, inventados en Estados Unidos, y que han estado siempre muy vinculados con la producción de una identidad nacional.

A partir de aquí, **se ha ido incorporando el tema del paisaje a leyes de carácter conservacionista**. Principalmente, referidas a espacios protegidos, pero también a patrimonio cultural o entornos urbanos siendo añadidos en, por ejemplo, las leyes del suelo.

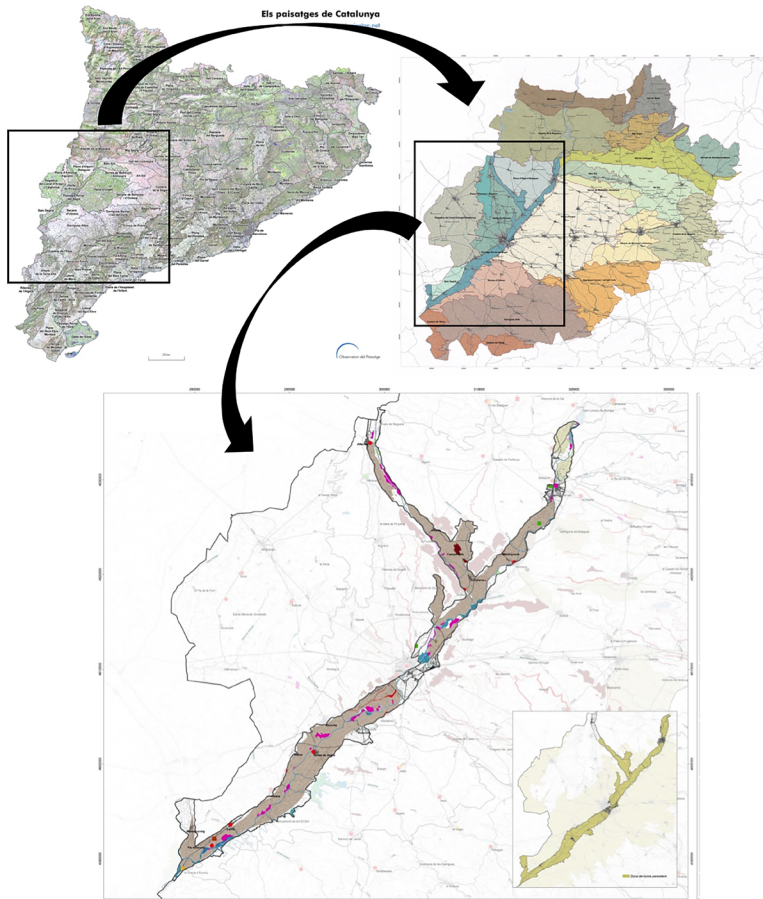
Sin embargo, como hemos estado viendo, la idea actual de paisaje es mucho más amplia que el de las clasificaciones naturales y culturales que consideramos valiosas. Ello se ve superado con la evolución del concepto y «por la ampliación consiguiente del horizonte de la política paisajística» (Mata, 2009, pág. 1000), es decir, que **el paisaje no solo es algo excepcional sino una fisonomía singular** y un conjunto de percepciones de imágenes sociales plurales (Mata *et al.*, 2009).

El paisaje, mediante la importancia que se le da al medio natural y cultural con la actividad humana, se vuelve realmente significativo a la hora de configurar y ordenar el territorio. Por eso, es importante realizar una clasificación de los paisajes, como ha hecho el *Observatori del Paisatge de Catalunya*, en **unidades paisajísticas** (figura 18). Este tipo de organización del territorio no solo permite actuar en aspectos como la conservación patrimonial o de elementos de alto valor sentimental colectivo, sino que da pie a garantizar y **trabajar sobre la conexión y la cohesión territorial** de todas estas unidades, y poder «asignar valores y funciones de espacio libre a extensas superficies del territorio carentes en teoría de “valores naturales” sobresalientes» (Mata *et al.*, 2009, pág. 48). Incluso dentro de los límites municipales, **permite trabajar estos aspectos en concordancia con la planificación urbanística y, en ese vínculo que persiste con el sentimiento, el mundo local ve una opción de desarrollar el nivel de autoestima, la identidad y la calidad de vida** de sus habitantes (Observatori del Paisatge, 2014, pág. 10). Así, se debe ampliar la mera clasificación urbanística del suelo e incorporar calidad a la gestión del territorio. En este sentido, el paisaje permite gestionar el territorio a todas las escalas y en todos los contextos ambientales.

Nota

Cabe recordar aquí el parecido en muchas ocasiones entre región y paisaje. Sobre todo, en este caso, por las referencias a las identidades e identificaciones. También hay que destacar cómo se crean los parques nacionales a partir de un concepto de paisaje similar al de la geografía regional de los primeros años del siglo XX, con el medio natural como referente primero.

Figura 18. Diferente ordenación territorial según la escala



Ordenaciones territoriales

Arriba a la izquierda: división de Catalunya por grandes unidades de paisaje. Arriba a la derecha, división paisajística de las «Terres de Lleida». Abajo, una de las diferentes divisiones del paisaje de la unidad paisajística «Paisaje fluvial del Segre».

Fuente: Observatori del Paisatge de Catalunya.

7. Conclusiones

El pensamiento geográfico juega con diferentes concepciones del espacio a la hora de configurarse. Aunque estas han ido evolucionando históricamente y han predominado unas sobre otras, en la actualidad se usan de forma conjunta y entrelazada.

Hemos visto el espacio concreto, que es singular y particular; el espacio abstracto, usado para la modelización; el espacio subjetivo, que se relaciona con lo vivido y el espacio social, producto de las relaciones sociales y de la actividad humana. Todos ellos tienen uso en la geografía actual, sobre todo por un eclecticismo preponderante en nuestra disciplina. No obstante, los espacios social y subjetivo tienen un papel central en las investigaciones y otros estudios geográficos.

Aquí hemos dado una importancia particular al espacio social, principalmente por ser el que mayor incidencia ha tenido en el resto de las ciencias sociales. Lo hemos entendido como aquel que es a la vez resultado de procesos socioeconómicos pero también de prácticas cotidianas y que, además, es capaz de modular ambas. Para entender esto, hemos visto que es esencial pensar el espacio como resultado del conflicto. Por lo tanto, el espacio social está íntimamente relacionado con lo político. En efecto, el espacio es producto y reflejo de una configuración y morfología social determinadas.

Pero como hemos dicho, el espacio social no es el único utilizado ni tiene por qué ser el central en las investigaciones geográficas. Para entender, en parte, la conjunción de espacios es importante recurrir al concepto de escala, que hace referencia al tamaño o extensión del campo de estudio. Principalmente, se ha vuelto relevante por dos cuestiones: la primera, por la necesidad, en un mundo globalizado, de entrelazar procesos que tienen lugar en diferentes extensiones a la vez; la segunda, por la importancia de las sensaciones, los sentimientos y la imaginación a la hora de entender el espacio.

De la primera cuestión surgió el espacio global-local, que relaciona los procesos a escala mundial con los que transcurren en la escala más cotidiana. Este tipo de espacio se ha convertido en central en el actual pensamiento geográfico. No obstante, este último ha sido importante para determinar que entre lo global y lo local hay escalas «intermedias» con gran importancia a la hora de configurar la sociedad.

Sobre la segunda, hemos visto que las sensaciones, los sentimientos y la imaginación, relacionados con la escala, producen conceptos importantes en geografía como son lugar, región, territorio y paisaje. Algunas de estas nociones se diferencian principalmente por apelar o no a sentimientos de arraigo e identidad.

Por su importancia en la historia de la disciplina, hemos dedicado un apartado a la noción de paisaje. Este ha evolucionado, de ser simplemente «algo puesto a la vista del ojo humano» a tener una relación directa con las transformaciones que ha provocado la actividad humana en el medio físico, con principal hincapié en el medio natural pero que nunca es estable.

El paisaje, como unidad coherente, se ha convertido en un elemento esencial para la configuración y ordenación del territorio. No solo por dar valor a elementos patrimoniales de una fisonomía singular, como contemplan la mayoría de las leyes, sino porque trabaja directamente los procesos de conexión y cohesión territorial.

De esta forma, el pensamiento geográfico trabaja con diferentes conceptos que, de forma sistemática, tiene que relacionar. Es necesario, en las investigaciones de corte geográfico, no ceñirse a un tipo de espacio o a una escala si se quiere incidir en un tema y dar una visión holística de los procesos que tienen una vertiente espacial.

En la actualidad, se siguen usando todos los conceptos de espacio. El abstracto, por ejemplo, está cobrando relevancia a causa del uso generalizado de los sistemas de información geográfica. Estos dan lugar a nuevas posibilidades en la modelización y teorización del espacio. Sin embargo, ceñirse únicamente a ello sin tener en cuenta los factores sociopolíticos, como se hace con el espacio social, o sin valorar los sentimientos, sensaciones y percepciones que son centrales en el espacio subjetivo, no puede generar un conocimiento completo y exhaustivo y, por lo tanto, enriquecedor para el pensamiento geográfico y de las ciencias sociales en su conjunto.

Bibliografía

- Al-Idrisi** (2015). *Descripción de España de Al-Idrisi*. Madrid: Fundación Aquae.
- Albet, Abel; Garcia, M. Dolors** (2009). «Escoles de pensament geogràfic». En: Montserrat Pallarès; Antonia Tulla (eds.). *Geografia humana. Material Docent de la UOC*. Barcelona: FUOC.
- Álvarez-Palau, Eduard; Franch, Xavi; Martí-Henneberg, Jordi** (2013, juliol). «Evolution of the territorial coverage of the railway network and its influence on population growth: The case of England and Wales, 1871-1931». *Historical Methods* (vol. 46, n.º 3, págs. 175-191). <<http://doi.org/10.1080/01615440.2013.804788>>
- Álvarez-Palau, Eduard J.; Solanas, Jorge; Martí-Henneberg, Jordi et al.** (2016). «HGIS reconstruction of the urbanisation process in major Spanish cities». *European Social Science History Conference*, Valencia.
- Anderson, Benedict** (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica
- Augé, Marc** (1995). *Los «no lugares»: espacios del anonimato. Una antropología de la modernidad*. Capellades (Barcelona): Gedisa.
- Besse, Jean-Marc** (2000). «La physionomie du paysage, d'Alexandre de Humboldt à Paul Vidal de La Blache». En: Jean-Marc Besse. *Voir la Terre. Six essais sur le paysage et la géographie*. Arles: ENSP, Centre du Paysage.
- de Bolós, Maria** (1992). *Manual de ciencia del paisaje: teoría, métodos y aplicaciones*. Barcelona: Masson.
- Bourdieu, Pierre** (1990). «Espacio social y génesis de las “clases”». En: Pierre Bourdieu (ed.). *Sociología y cultura* (págs. 281-309). México: Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre** (1999). «Efectos de lugar». En: Pierre Bourdieu. *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- Casals, Vicente; Bonastre, Quim** (2014). *Espacios de control y regulación social: ciudad, territorio y poder (siglos XVII-XX)*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Castells, Manuel** (1971). *Problemas de investigación en sociología urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Delgado, Manuel** (2011). *El espacio público como ideología*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Foucault, Michael** (1978, enero). «Espacios otros: utopías y heterotopías». *Carrer de la ciutat* (n.º 1, págs. 5-9).
- Frémont, Armand** (1976). *La région, espace vécu*. París: Persée Universitaires de France.
- Frolova, Marina; Bertrand, George** (2006). «Geografía y paisaje». En: Daniel Hier-naux-Nicolas; Alicia Lindón (coord.). *Tratado de geografía humana* (págs. 254-272). Barcelona: Anthropos.
- Gibson, Clark C.; Ostrom, Elionor; Ahn, T. K.** (2000). «The concept of scale and the human dimensions of global change: a survey». *Ecological Economics* (vol. 32, n.º 2, págs. 217-239). <[http://doi.org/10.1016/S0921-8009\(99\)00092-0](http://doi.org/10.1016/S0921-8009(99)00092-0)>
- Harvey, David** (1990, septiembre). «Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination». *Annals of the Association of American Geographers* (vol. 80, n.º 3, págs. 418-434).
- Harvey, David** (2007). *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- Lefebvre, Henri** (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Levin, Simon A.** (1992, diciembre). «The problem of pattern and scale in ecology». *Ecology* (vol. 73, n.º 6, págs. 1943-1967). <<http://doi.org/10.2307/1941447>>
- Martí-Henneberg, Jordi** (2013, enero). «European integration and national models for railway networks (1840–2010)». *Journal of Transport Geography* (vol. 26, págs. 126-138). <<http://doi.org/10.1016/J.JTRANGEO.2012.09.004>>

Martínez de Pisón, Eduardo (2007). «Epílogo. Paisaje, cultura y territorio». En: Joan Nogué (ed.). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Massey, Doreen (2012). «Espacio, tiempo y responsabilidad política en una era de desigualdad global». En Abel Albet; Núria Benach (eds.). *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (págs. 197-214). Barcelona: Icaria.

Mata, Rafael (2009). «Paisaje y territorio: un desafío teórico y práctico». *Agua, territorio y paisaje: de los instrumentos programados a la planificación aplicada: V Congreso Internacional de Ordenación del Territorio* (págs. 243-282).

Mata, Rafael (coord.) et al. (2009). «Evaluación del paisaje de la Comunidad de Madrid». *Urban* (vol. 14, págs. 34-57).

Nogué, Joan (1989). «Paisaje y turismo». *Estudios turísticos* (n.º 103, págs. 35-45). <<https://dugi-doc.udg.edu/handle/10256/4101>>

Nogué, Joan (2007). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Ortega, Nicolás (2002). *Estudios sobre historia del paisaje español*. Madrid: Catarata.

Ortega, Nicolás (2010). «El lugar del paisaje en la geografía moderna». *Estudios geográficos* (vol. 71, n.º 269, págs. 367-393). <<http://doi.org/10.3989/estgeogr.201012>>

Ortega, José (2004). «La Geografía para el Siglo XXI». En: Joan Romero (coord.). *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado* (págs. 25-54). Barcelona: Ariel.

Pillet, Félix (2004, febrero). «La geografía y las distintas acepciones del espacio geográfico». *Investigaciones geográficas* (n.º 34, págs. 141-154).

Pillet, Félix (2008). *Espacio y ciencia del territorio: proceso y relación global-local*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Raffestin, Claude (1980). *Pour une géographie du pouvoir*. París: Librairies Techniques.

Sala, Pere; Puigbert, Laura; Bretcha, Gemma (eds.) (2014). *La planificació del paisatge en l'àmbit local a Europa*. Olot: Observatori del Paisatge.

Schwartz, Robert; Gregory, Ian N.; Martí-Henneberg, Jordi (2011). «History and GIS: Railways, population change, and agricultural development in late nineteenth-century Wales». En: Michael Dear; Jim Ketchum; Sarah Luria et al. (eds.). *GeoHumanities: art, history, text at the edge of place*. Abingdon: Routledge.

Sheppard, Erik; McMaster, Robert B. (2008). *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*. Nueva York: Wiley. <<http://doi.org/10.1002/9780470999141>>

Tuan, Yi-Fu (1979). «Space and Place: Humanistic Perspective». En: Stephen gale; Gunnar Olsson (eds.). *Philosophy in Geography*. Dordrecht: Reidel. <http://doi.org/10.1007/978-94-009-9394-5_19>

Vila, Pau (1926). *La Cerdanya*. Barcelona: Barcino.